

Religión y política en las transiciones árabes

Barah Mikail

>> Durante la mayor parte de la última década, los partidos islamistas han sido excluidos de la esfera política. Ahora, están cada vez más al frente de la política del mundo árabe. Las victorias electorales de Ennahda en Túnez y de la Hermandad Musulmana en Egipto indican que el futuro de la política árabe estará dominado por líderes con agendas políticas basadas en la fe. No obstante, el papel de la religión en los nuevos escenarios políticos de Túnez, Egipto y Libia, y su inclusión en las leyes y en la práctica, sigue siendo un tema controvertido y muy debatido.

La población de la región será la que determinará el rol de la religión en la política árabe. Los partidos y movimientos religiosos no pueden ser excluidos del proceso político, pero su éxito en las urnas podría agravar las tensiones sociales. Según los resultados de las últimas elecciones, el secularismo absoluto no parece ser una opción para los nuevos Estados árabes en el futuro próximo. Sin embargo, aún queda por ver qué tipo de política basada en la fe –desde una teocracia al estilo iraní hasta un “secularismo religioso” como en Turquía– adoptarán las democracias emergentes de la región.

La línea entre religión y etnicidad, cultura y tradición no siempre es clara. No obstante, es importante diferenciar entre una religión, como el Islam o el cristianismo, y una ideología política basada en la fe, como el islamismo o el cristianismo fundamentalista. Mientras que la religión tiene que ver con la identidad personal de cada individuo, las ideologías sirven a una agenda política. En este sentido, este *policy brief* explo-

CLAVES

- Los resultados de las últimas elecciones en el mundo árabe confirman un importante apoyo por parte de la población al islamismo político.
- Cualquier intento de excluir definitivamente la religión de la vida pública y política acarrearía duras críticas por parte de la población.
- Integrar los principios religiosos en un orden verdaderamente democrático será uno de los mayores retos a los que se enfrentarán estas sociedades en las próximas décadas.

»»»»» rará el papel de la religión y de la ideología basada en la fe en las transiciones árabes. Asimismo, intentará identificar algunas lecciones de otros países y regiones sobre los distintos roles que puede desempeñar la religión en una sociedad que avanza hacia la democracia.

LA RELIGIÓN EN LAS TRANSICIONES EN EL NORTE DE ÁFRICA

Mucho antes de la primavera árabe, la religión era reconocida como una de las mayores fuerzas en la política árabe. Los resultados de las elecciones (relativamente) libres celebradas en 2011 en el mundo árabe han confirmado la existencia de un fuerte apoyo por parte de la población hacia el Islam político, como ya se había visto en Argelia en 1990, en Egipto en 2005 y en los Territorios Ocupados Palestinos en 2006.

En 2011, surgieron nuevos partidos islamistas, y los que ya existían consolidaron sus posiciones. En Túnez, Ennahda consiguió el mayor número de escaños en el parlamento. En Egipto, los Hermanos Musulmanes, junto con varios partidos salafíes, representan ahora más de dos tercios de la Asamblea Legislativa. En Yemen, el papel de las fuerzas islamistas sigue siendo incierto, pero su influencia en Libia es evidente. Por su parte, en Jordania y Marruecos, los actores políticos islamistas están cobrando relevancia. La victoria del Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD, en sus siglas en francés) en las elecciones celebradas en Marruecos en 2011 dio lugar al nombramiento por primera vez en el país de un primer ministro islamista.

El hecho de contar con una población en su mayoría islámica no implica que el mundo árabe automáticamente tenga que adoptar el islamismo y rechazar el secularismo. En la actualidad, los islamistas se están beneficiando de los años de exclusión y/o persecución por parte de los antiguos regímenes. La búsqueda de alternativas sólidas a los antiguos líderes ha empujado a la población a apoyar a los partidos basados en la fe. La historia de oposición y persecución que

han sufrido los movimientos islamistas les ha otorgado un cierto nivel de credibilidad y legitimidad, el cual han usado de manera eficaz durante sus campañas electorales. A su vez, los partidos liberales y seculares podrían haber perdido terreno debido a su insuficiente oposición a los antiguos líderes.

Durante varias décadas, los líderes de Oriente Medio y el norte de África han controlado las esferas religiosas en sus países, ya sea ejerciendo influencia sobre los líderes religiosos, como en el caso de al-Azhar en Egipto y los muftíes en Arabia Saudí y Siria, o mediante la injerencia directa, como en Irak bajo el régimen de Saddam Hussein, así como en Jordania, Argelia, Marruecos y Libia. Pero los esfuerzos para erradicar a los partidos políticos religiosos y la instrumentalización de la fe no han servido para disminuir el interés popular por la religión. Para la población, la religión se convirtió en la bandera de los movimientos que desafiaban a los líderes autoritarios que les temían y, por tanto, les perseguían. La oposición de esos grupos religiosos les otorgó un cierto nivel de popularidad, que fue creciendo a raíz de sus programas de caridad y labor social. Según los islamistas, sus actividades sociales y de caridad llenaban el vacío causado por el abandono del Gobierno. Esto era prueba suficiente de que los movimientos religiosos eran los más capaces de aliviar los problemas sociales y económicos de la población, y así lo expresa un eslogan de la Hermandad Musulmana "*Al-Islam Houa al-Hall*" ("el Islam es la solución"). Por tanto, cuando la primavera árabe estalló a lo largo de la región, los islamistas estaban bien situados para presentarse como la única alternativa creíble al poder autoritario. Esta imagen, junto con la ayuda financiera de algunos países, sobre todo Qatar y Arabia Saudí, proporcionó a los islamistas una ventaja en las elecciones.

El impulso actual de los partidos islamistas no implica que los preceptos religiosos vayan a predominar en el mundo árabe. En Túnez, Egipto y Libia, aún existen tensiones entre los actores laicos y los islamistas. Mientras que los partidos islamistas siguen intentando reasegurar a sus opo-

Por ahora, el secularismo al estilo occidental no es una opción realista en estos países

sitores y socios a nivel nacional y a la comunidad internacional con relación a sus credenciales democráticas, muchos secularistas y liberales aún dudan de su compromiso con la democracia. En Túnez, Ennahda insiste en la necesidad de establecer un papel fundamental para las normas religiosas en el país, pero los partidos laicos siguen rechazando la idea. No obstante, antes de tomar decisiones concretas, será necesario que comiencen los debates en el parlamento sobre la futura

constitución tunecina. Por su parte, Egipto también está empleando esfuerzos para redactar un nuevo marco para la gobernanza. Los Hermanos Musulmanes controlan los comités parlamentarios de asuntos exteriores (diplomacia, defensa y energía), mientras que los

salafíes están al frente de los comités para la economía, la educación y los asuntos religiosos. En este sentido, es probable que Egipto acabe aprobando normas más conservadoras y una islamización de la vida social. En Libia, el Consejo Nacional de Transición (CNT) ha insistido desde el principio en la importancia de la *sharia*, lo que podría ser un indicio de cómo los islamistas influirán en el futuro del país.

La redacción de una nueva constitución presenta a los nuevos líderes una oportunidad para determinar el grado de influencia que desean que tenga la religión sobre el futuro sistema político, legal y social de su país. Las nuevas disposiciones tendrán que cumplir con el derecho internacional y, a su vez, tener en cuenta las normas del Islam. Así, los países de Oriente Medio y el norte de África podrán romper con las antiguas leyes autoritarias y asegurar, al mismo tiempo, el cumplimiento con los valores islámicos de la manera más democrática posible. Alcanzar ese equilibrio supondrá un serio desafío. Incluso bajo algunos regímenes nominalmente seculares,

algunas cuestiones sociales estaban basadas en las normas islámicas como, por ejemplo, el derecho sobre la herencia, la poligamia, el código de la familia y los derechos de las minorías, en particular los de las mujeres. En los debates actuales, los temas más controvertidos incluyen el derecho a vender y a consumir bebidas alcohólicas, el velo islámico para las mujeres, la suspensión de las actividades durante el rezo, la educación religiosa y el respeto por la libertad de culto.

Para los socios occidentales, en general la separación absoluta entre el Estado y la religión es un prerrequisito indispensable para lograr un sistema político democrático. Pero esa visión no es viable en el contexto de Oriente Medio y el norte de África, donde, de momento, no es posible excluir la religión de la esfera pública. La división entre los actores políticos religiosos y los laicos en Oriente Medio es una mera ilusión. Los partidos progresistas y nominalmente seculares no están al margen por completo de las creencias religiosas. Cualquier intento de excluir definitivamente la religión de la vida pública y política acarrearía duras críticas por parte de la población. Pero el secularismo tampoco es necesariamente lo mejor para la región, puesto que la religión puede actuar como una gran fuerza para fomentar la cohesión nacional, proporcionando, por ejemplo, una base común entre los conservadores y los liberales. Eso se debe, en parte, al hecho de que en la fe islámica, la afiliación a la comunidad islámica (*umma*) trasciende cualquier vínculo al Estado-nación.

RELIGIÓN Y TRANSICIÓN: EXPERIENCIAS INTERNACIONALES

Algunas experiencias anteriores aportan lecciones sobre cómo alcanzar el equilibrio entre el estado de derecho democrático y las normas y tradiciones religiosas. Asimismo, pueden contribuir a identificar la mejor forma de superar los obstáculos subyacentes de este proceso. Pero extraer conclusiones de procesos anteriores es arriesgado, dado que los países en transición raramente experimentan procesos iguales. Por tanto, mientras que es posible identificar algunos puntos comunes, es importan-

»»»» te distinguir entre las características específicas de cada nación.

A menudo, la transición a la democracia conduce a la modernización, pero la modernización no solo llega a través de la secularización. En la antigua Yugoslavia, la exclusión de la religión de la esfera política no hizo que la población abandonara el trasfondo religioso de sus anteriores visiones políticas. Cuando la República Socialista de Yugoslavia se desintegró, la religión se convirtió en un punto de conflicto entre comunidades que antes coexistían. En Bosnia y Herzegovina, los croatas fueron automáticamente clasificados como católicos, los serbios como ortodoxos y los bosnios como musulmanes. Indonesia, Malasia y Singapur llevaron a cabo procesos de transición sin excluir por completo la religión de la esfera política. En Turquía, a pesar de la orientación laica de Ataturk, el Islam sigue siendo un fuerte punto de referencia, tanto para la población como para el partido gobernante AK.

El grado de religiosidad de una sociedad influirá sobre el papel de la religión en la transición. Pero un fuerte rol de la religión no constituye necesariamente un impedimento a la consolidación de un orden democrático. Los regímenes autoritarios habían abolido las tendencias ideológicas basadas en la religión, pero la democracia permite la pluralidad de ideas. En Indonesia, el período post-Suharto desde 1998 ha permitido una mayor tolerancia de las creencias religiosas, incluso en la política, aunque la situación sigue siendo frágil debido a la violencia frecuente y la marginalización de algunas comunidades religiosas. Sin embargo, por más imperfecto que sea, el pluralismo permite que los partidos políticos indonesios hagan referencia a sus creencias religiosas. En Sudáfrica, los partidos políticos tienen en cuenta los valores cristianos (Partido Cristianodemócrata africano) y musulmanes (al-Jama'ah) al definir sus programas. En Polonia, el catolicismo juega un papel importante en la sociedad y la Iglesia Católica goza de popularidad y prestigio. Algunos partidos políticos, como el Movimiento Católico Nacional y el Movimiento Popular Nacional, hacen referencia específicamente a los valores cristianos. El alto grado de religiosidad de algunas sociedades, como por ejem-

plo en Mauritania y Pakistán, ha dado lugar al surgimiento de un mayor número de partidos con plataformas basadas en la religión durante los procesos de transición. Incluso en sociedades predominantemente no practicantes, los partidos con perspectivas religiosas tienen un cierto atractivo (ver por ejemplo el Partido Cristianodemócrata albanés, el Partido Popular esloveno o la Unión Cristianodemócrata en Letonia). Pero la probabilidad de éxito de esos partidos es mucho mayor en países muy religiosos y/o conservadores. En Turquía, un país políticamente laico, pasaron ochenta años hasta que un partido religioso asumió el poder.

Los intentos de las minorías de conseguir logros políticos durante los procesos de transición podrían conllevar la segregación entre comunidades según las distintas religiones, incluso a través de la fragmentación territorial, lo que podría, a su vez, aumentar el riesgo de tensiones sectarias. El riesgo de segregación es particularmente alto cuando las minorías y las comunidades están basadas en la religión (como los grupos de chiítas en un entorno de mayoría sunita o los protestantes en un entorno católico), el idioma (como los idiomas bereberes y árabes, o el flamenco y el francés), o en la etnicidad (los kurdos en un entorno árabe o turco, o los tutsis entre los hutu). Esta situación se ha dado en Irak, donde desde 2003 el proceso de transición ha conllevado una separación territorial, sobre todo entre kurdos sunitas y árabes sunitas y chiítas. En Turquía, los kurdos siguen luchando por sus derechos y han formado sus propios partidos políticos. El Estado turco sigue negándose a aceptar sus demandas y reconocer su identidad étnica. En Irlanda del Norte, siguen habiendo tensiones entre católicos y protestantes. En Afganistán, el caótico período de transición no ha permitido que las comunidades étnicas y religiosas nacionales, como los hazaras chiítas y los pashtuns sunitas, construyan perspectivas compartidas. En Nigeria, es común la violenta confrontación entre cristianos y musulmanes sunitas. Cuanto más abierto sea un país al pluralismo, mayor será el número de comunidades que intentarán fortalecer sus posiciones. Eso podría acabar creando animosidades y tensiones mutuas. Por tanto, para

evitar el conflicto sectario y lograr que el pluralismo tenga éxito, es importante que los países empleen suficiente tiempo para fomentar la confianza mutua y tomar determinadas medidas políticas para asegurar la coexistencia pacífica.

A menudo las cuestiones religiosas están estrechamente vinculadas a la política del poder. Diversos actores usan la religión para aumentar su propio poder político. En los años ochenta en América Latina, la Iglesia Católica jugó un papel clave en la transición de regímenes autoritarios a la democracia. La Iglesia apoyó el Proceso de Reorganización Nacional en Argentina (1976-1983), se mantuvo alejada del Gobierno de Pinochet en Chile y se acercó a los movimientos populares para lograr el cambio en El Salvador. Las iglesias nacionales han llegado incluso a mediar entre los actores del conflicto en Argentina, Chile, El Salvador y Guatemala. En Turquía, el ascenso del movimiento Gülen, una influyente hermandad islámica sufi, muestra cómo la religión puede ser un importante punto de apoyo para las ambiciones políticas de los teólogos.

Algunos Gobiernos conservadores prestan apoyo financiero a instituciones religiosas con el fin de aumentar la influencia de sus países a través de las actividades proselitistas de esos grupos. Las organizaciones evangélicas en América Latina han convertido al 30 por ciento de la población en Guatemala, al 20 por ciento en Brasil y al 10 por ciento en Venezuela al protestantismo evangélico. Muchos de esos grupos reciben fondos de Estados Unidos y otros gobiernos. Arabia Saudí financia a centros religiosos islámicos y mezquitas alrededor del mundo, por ejemplo en países como Argentina, Afganistán, Pakistán y Kosovo. Se dice que Irán está desarrollando su influencia mediante actividades relacionadas con la creencia chiíta en países como Senegal, Irak y Afganistán.

La determinación cultural y religiosa es un mito. La prosperidad y una fuerte religiosidad no son incompatibles, y ninguna religión o creencia es más favorable a una transición pacífica a la democracia que otra. Una verdadera democratización no siempre implica el triunfo del secularismo. De igual

modo, las teorías que consideran que el Islam es, por naturaleza, incompatible con el progreso, el pluralismo y la democracia están equivocadas. Los partidos políticos que basan sus programas en consideraciones religiosas no se oponen a la riqueza, la prosperidad, el libre mercado o el liberalismo. Los cristianodemócratas en Chile, Alemania, Irlanda, Polonia y España, así como los partidos islámicos en Indonesia, Malasia y Turquía, generalmente promueven el crecimiento y las buenas perspectivas económicas. Con la globalización, las economías están más interconectadas y los países han tenido que minimizar el impacto de la religión sobre sus decisiones políticas y económicas. Algunos países occidentales predominantemente cristianos como Grecia, Portugal y España, y algunos países del Este de Europa, como Polonia y la República Checa, superaron con éxito sus períodos de transición. Por otro lado, otras sociedades europeas igualmente religiosas, como en Albania, Bulgaria y Rumanía, han tenido que enfrentarse a algunas dificultades. La economía de Israel marcha bien, independientemente de las consideraciones religiosas. En el mundo musulmán, las economías de Bangladesh, Egipto y Túnez están sufriendo, mientras que las de Indonesia y Malasia están prosperando. Otros países como Brasil (cristiano), Japón (sintoísta/ budista) y Singapur (musulmán), han logrado la transición y la modernidad sin ningún vínculo directo a la mayoría religiosa del país.

CONCLUSIÓN

La religión tiene un gran papel que jugar en la región de Oriente Medio y el norte de África. Los líderes y las influencias religiosas siguen dominando en Túnez y Egipto, y lo mismo podría pasar en Libia y Yemen. Las elecciones en Marruecos han confirmado el liderazgo islamista en el país. Líbano podría ser una excepción, a pesar de que la religión es un fuerte punto de referencia para las 18 comunidades que coexisten en el país. Por ahora, el secularismo al estilo occidental no es una opción realista en estos países. Integrar los principios religiosos en un orden verdaderamente democrático será uno de los mayores retos a los que se tendrán que enfrentar estas sociedades en las próximas décadas.



»»»»» Pero eso no quiere decir que la religión seguirá siendo el factor político dominante a largo plazo. Los partidos religiosos se han beneficiado de su estatus como alternativas sólidas a los antiguos regímenes, pero sin el contraste de los regímenes autoritarios a los cuáles han reemplazado, serán juzgados en base a sus propios meritos. Si consiguen trazar un camino mejor para sus países, podrían mantener el poder durante años. Pero si fracasan, tendrán que rendir cuentas. La próxima ronda de elecciones en las jóvenes democracias árabes indicará cuánto podría durar la corriente política islamista en la región. Los fondos que destine la comunidad internacional a los países en transición también podrían ser determinantes para el éxito de los líderes islamistas emergentes. Asimismo, podrían tener un impacto sobre sus políticas, dependiendo de si la comunidad internacional insiste o no en la condicionalidad a cambio de la ayuda.

Los objetivos y las influencias ideológicas y políticas de esos partidos podría llevarles a adoptar cualquier tipo de modelo político, desde el llamado “modelo turco” –donde la libertad de religión está garantizada incluso con un partido religioso en el poder – hasta un modelo teocrático como el de Irán. Dicho esto, en las décadas posteriores a la revolución iraní, las sociedades han evolucionado de manera considerable. Y la propia ideología islamista también ha evolucionado. Las demandas populares por el cambio se han basado en están-

dares que incluyen el reconocimiento del pluralismo religioso y político. La población de muchos países árabes es, en su mayoría, joven, y pocos de esos jóvenes parecen dispuestos a fusionar la política y la religión a nivel institucional. Por tanto, la evolución hacia un modelo saudí o iraní es posible, pero es poco probable que las estructuras teocráticas rígidas prevalezcan a largo plazo.

El desafío más urgente para la región de Oriente Medio y el norte de África es construir Estados nuevos y modernos que puedan garantizar la ciudadanía y los derechos humanos, incluida la libertad de religión. Para asegurar el éxito de ese esfuerzo, los nuevos líderes deben buscar la transparencia y la justicia en los debates parlamentarios, así como escuchar los consejos y las recomendaciones de la comunidad internacional sobre cómo llevar a cabo una transición pacífica y establecer la buena gobernanza, asegurar procesos democráticos libres y abiertos y mejorar las condiciones económicas.

Barah Mikail es investigador senior de FRIDE.

e-mail: fride@fride.org
www.fride.org

